

pre que quisiese conocerlos. Esta luz no puede serlo tampoco; porque la luz que la ilumina debe ser de la misma naturaleza que el objeto iluminado y superior en alguna suerte. Así la luz del sol es de la misma naturaleza que el ojo, pues una y otra son materia; y aquella es superior á este, porque es incorruptible; y el magnetismo, á no ser que se quiera dar este nombre á lo que nosotros llamamos un espíritu, no es de la misma naturaleza que el alma, ni mucho ménos le es superior. Nunca el instrumento es superior al artífice.

—377—
CAPITULO XXIX.

(Continuacion del anterior asunto.)

SUMARIO.

Don de lenguas.—El magnetismo no lo explica.—Se demuestra.—La significacion de las palabras es convencional, no está sujeta á leyes invariables.—Imposibilidad de aprender en un momento dado la copia de conocimientos que era menester para hablar en todas ó muchas lenguas.—Explicaciones que dan el abate Loubert y M. Figuiet.—Refutacion.—Incorrecciones de ciertas respuestas de los *mediums*.

Ya se ha visto que se tornan repentinamente los magnetizados, por ignorantes y rudos que sean, consumados políglotas, y este es otro de los fenómenos psicológicos, de que no es posible darse cuenta, si no se han de admitir otras in-

fluencias más que las de un fluido cualquiera.

¿Cómo explicarse, en efecto, que una mujer que jamás ha cursado las aulas, ni sentándose en las universidades, ni viajado, ni estado en contacto con los Domingo de Neissa y los Mezzofanti, se desate de improviso en bien concertadas y á veces profundas respuestas en tártaro, indio, caldeo, hebreo, siríaco, japonés, chino y persa, lo mismo que en romano, griego, galo, alemán, francés, inglés, español é italiano; y entienda lo que se le pregunta?

Por grande que sea la lucidez del *medium*, por mucho que su inteligencia se desarrolle al aislarse é independerse, como se supone, el espíritu de la materia, es forzoso convenir en que no por eso podrá adquirir conocimientos que en sí mismo no tiene, siquiera en estado de germen, ni los recibe de otra parte.

Nos nos repugnaria tanto que un ignorante hablase como sábio en materias metafísicas, en ciencias naturales y otras semejantes, porque al fin conocia algo de principios y algo de las leyes que rigen al mundo de los cuerpos; y conocido el principio y sabida la ley, fácil es á un entendimiento súbitamente despierto, deducir la consecuencia encerrada en el principio y rela-

cionar el fenómeno con la ley, supuesto el enlace natural y necesario que entre ambos existe.

Pero ¿en qué principios inmutables se fundan los idiomas? ¿Por qué leyes naturales y necesarias se rigen las lenguas? El significado de las palabras es de convencion, cualquiera que sea la teoría que se admíta en materia de lenguaje; ya se le dé un origen divino con Bonald y Augusto Nicolás, ya se le atribuya un origen natural y humano con Vico. La diferencia entonces estaria no en las palabras mismas, sino en la inteligencia que las habia hecho significar lo que significan, la cual en la primera hipótesis seria Dios, y en la segunda, el hombre.

Seria preciso, pues, conocer la convencion primitiva y las innumerables convenciones que en el trascurso de los siglos y en la embrollada confusion de cien generaciones, han venido modificando el lenguaje y formando de él una infinita variedad de dialectos que apenas pueden referirse á un tronco comun. Haced una prueba; y os espantará la dificultad. El latin de las doce tablas ya no fué el de Ciceron, ni el de Ciceron el del tiempo de Justiniano, ni este el que presumimos hablar y escribir con perfeccion. El castellano del fuero de Avilez, ¡cuán

variado no se encuentra en las Partidas! Ya se necesitan estudios no escasos, para formar el árbol genealógico de algunas palabras que hoy reputamos castizas.

Difícil no, que imposible es llegar á tan altos conocimientos, sin más que cerrar los ojos y dormirse al influjo de las corrientes magnéticas. No están escritos ni podrian escribirse todos los cambios que han sufrido los idiomas. Tampoco hay inteligencia humana, ni la habrá, que los sepa ni pueda saberlos. ¿En dónde leeria su tan difusa y enmarañada historia, si faltan los libros? ¿De quién los aprenderia, si carece de maestro?

Todavía más: suponiendo que fuera hacedero asimilarse tantas noticias en un momento, ¿de qué manera imitaria los sonidos, si nunca los oyó, si en aquella situacion no los oye? Imitad el canto del cisne, que es fama no cantó nunca. Os desafio; y esto, sin embargo, presenta menos inconvenientes. Se necesita, pues, una inteligencia que revele la significacion de las palabras, un sér que las pronuncie siquiera en secreto á nuestro oido. Digan los partidarios del fluido magnético, no nosotros, si este puede ser aquella inteligencia; y entonces ellos mismos habrán condenado su existencia.

Loubert y Figuier (1) pretenden explicar este hecho, dando por cierto que las frases, con que responden los magnetizados, las forman de palabras que oyeron en el curso de la vida y en las cuales no se fijaron; pero que la lucidez magnética viene á desenterrarlas del abismo de la memoria. No pasa este recurso de una verdadera evasiva que los hechos convencen de injustificable y de indigna de la lealtad que en las cuestiones científicas, como en todo, debe servir de divisa á los que se proponen abordarlas. En otro capítulo (2) hicimos relacion del caso certificado por M. de Launay de Nazilly, quién, habiendo dirigido algunas preguntas en varias lenguas americanas, entónces poco menos conocidas que ahora, á una de las posesas de Loudun, obtuvo respuestas que le pasmaron. ¿Cuándo habia estado esta pobre reclusa en el continente que se acababa de descubrir, ni tratado con uno solo de sus aborígenas?

Por otra parte, seria una coincidencia aun

1 Loubert. "Le magnetisme et le sonambulisme devant les corps savants. C. IX P. 193. Figuier. Tomo 3.º c. 1.º Histoire du Merveilleux.

2 Cap. XII, pág. 222.

más prodigiosa que el portento de entender y darse á entender en diferentes lenguas, el de que esas palabras oídas en otra época, casi siempre ignorándose su significacion, y en las que no se fijó por un momento la atención, supuesto que no han podido retenerse ni se presentan al llamado de la memoria cuando las evoca en el estado de vigilia, fueran precisamente las mismas que se necesitaban para formar la respuesta á la pregunta, que es de ordinario caprichosa y ofrece dificultades; y formar la precisa, clara, adecuada, y por lo comun satisfactoria. Era preciso hacer de la casualidad una inteligencia de cierta elevacion y de un discernimiento profundo, cosa ménos hacedera que la de sacar del caos un nuevo sistema de mundos,

La falta de correccion y de concordancia que se nota en algunas respuestas, sirve á Mr. Figuier de apoyo para sostener su teoría. Refiere el caso que tuvo lugar en una de las posesiones de Loudun. El exorcista dijo á esta en latin: *adora Deum tuum, Creatorem tuum*; ella respondió: *adoro te*. No contento de la respuesta el exorcista, le pregunta: *¿quem adoras?* y ella replica: *Jesus Christus*. ¡Solecismo! exclamaron los concurrentes. Y Daniel Drouin, que se

contaba entre el número de ellos, dijo en alta voz: “Hé aquí un mal espíritu que nada tiene de correcto.” El exorcista tornó á preguntar, dando otro giro á la frase: *¿Qui es quem adoras?* y la reclusa cambió la concordancia, y contestó tambien con otro solecismo, en sentir de Figuier: *Jesu Christe*. Si este es todo el dato que se tiene ú otros de semejante tenor, en verdad que con poco se satisface la ciencia, que en otras materias se muestra tan exigente y escrupulosa. El diálogo de que se ha hecho mérito, prueba dos cosas: primera, el fenómeno: segunda, la causa del fenómeno. ¿Quién no vé toda la astucia de *aquel* que tomó en el principio la forma de la serpiente, el más astuto de todos los animales, en el *adoro te* dirigido al exorcista que le manda que *adore á su Dios, á su Creador?* De esta suerte no refirió la adoracion que rendia, al Sér Supremo, sino á la criatura, por la cual no queria ser reconocida. Despues, estrechado y reducido hasta no más en las dos preguntas *¿á quién adoras? ¿quién es aquel á quien adoras?* no se desconcertó su habilidad, ni se agotaron los recursos de su ingenio; sino que á pesar de la opinion de los hablistas que le escuchaban, logró contestar en buen latin lo que correspondia, no comprometiendo su so-